

# **EL MATERIALISMO DIALECTICO**

***CARLOS MOLINA JIMENEZ***

El objeto de estas líneas es muy sencillo: se trata de presentar, en sus rasgos fundamentales, la principal corriente materialista de nuestro tiempo: el materialismo dialéctico.

No obstante, éste es el producto de un largo desarrollo histórico; por lo que hay que reseñar brevemente tal desarrollo para entender a cabalidad el materialismo dialéctico.

Por eso, haremos referencia al materialismo de los antiguos griegos y al materialismo de la Edad Moderna, así como al desarrollo del concepto de Materia, antes de iniciar propiamente la exposición del materialismo dialéctico.

Para empezar daremos una definición muy general y amplia del materialismo: mate-

rialista es toda aquella corriente filosófica o científica que toma a la materia como el constituyente primordial o fundamental del Universo, y que concibe el espíritu, la conciencia, el alma o la mente como un producto o derivado de la materia.

Como vemos, lo esencial del materialismo es postular o afirmar la independencia del ser y la dependencia del pensar respecto del ser, el afirmar a la materia como el fundamento último de toda posibilidad y de toda realidad. Dentro de estos amplios límites cabe muchísima variedad —la cual ha tenido efecto históricamente—.

El materialismo no sólo se da en la tradición filosófica europeo-occidental originada en el pensamiento griego. También está presente en otras tradiciones filosóficas, como la china y la hindú<sup>1</sup>.

No obstante, nosotros sólo nos ocuparemos de la primera de las tradiciones mencionadas, pues es la única que ha incidido directamente, en la constitución del materialismo dialéctico.

También es preciso indicar de una vez que el materialismo es una de las posiciones básicas en la filosofía desde un punto de vista lógico. En efecto, el **Materialismo** afirma como hemos visto el carácter primario de la materia y el carácter derivado del espíritu. El Idealismo hace la afirmación contraria: sostiene el carácter primario del espíritu y el carácter derivado de la materia. Cabe también un **dualismo** (afirmar ambas realidades como igualmente primarias), un **agnosticismo** (abstenerse de juzgar cuál de ellas es la primaria) y un **monismo** (afirmar que existe una tercera realidad que es el origen único de las dos que hemos venido mencionando).

No obstante, el idealismo y el materialismo permanecen como las dos posiciones más sólidas. Las restantes, de carácter intermedio, tienden a acercarse ya sea a una u otra.

Pero comencemos nuestro recorrido histórico.

En la filosofía de la antigua Grecia encontramos un amplio desarrollo de un materialismo espontáneo y no consciente, en un principio, de su especificidad. Así los primeros filósofos, los jonios<sup>2</sup>, mantienen posiciones materialistas y con atisbos de dialéctica. En efecto, todos ellos ven la realidad como devenir (como un flujo incesante de generaciones y corrupciones), y encuentran la unidad de toda esta diversidad en una sustancia material, de la cual derivan y a la cual retornan todas las cosas. Esta sustancia es corpórea y su propiedad más señalada es la capacidad de cambio o transformación.

En general, el pensamiento griego mantiene durante toda su historia un cierto carácter materialista, expresado en el hecho de que considera como material a todo lo real; hasta el pensamiento mismo, que es visto como una materia muy sutil. (Escapa a esta caracterización quizá Aristóteles<sup>3</sup>, que considera a Dios como forma o actualidad pura).

Sin embargo, a pesar de esto la materia comienza a ser mal vista en la filosofía griega. Veamos las razones:

1. La introducción por los pitagóricos<sup>4</sup> de la distinción entre contenido y forma, en-

trañaba la tendencia a ver la forma como el elemento activo y al contenido (identificado con la materia) como el elemento pasivo.

2. La influencia de las religiones del medio oriente enfatizaba la distinción y separación del alma y el cuerpo, en cuanto se concebía a aquélla (el alma) como dotada de una vida anterior al nacimiento y posterior a la muerte.
3. La oposición eleática<sup>5</sup> entre el ser y el devenir, esto es, el plantear el hecho de ser como incompatible con el hecho de cambiar condujo a ver el devenir (o sea, el mundo real), como un espejismo, y considerar como la verdadera realidad a algo que está más allá de lo visible y de lo tangible, algo a lo que sólo se puede llegar a través del uso de la razón.

Así, el eleatismo, al igual que la influencia de las religiones orientales, reforzó la creencia en una realidad distinta del mundo sensible, al tiempo que restaba crédito y valor a este último.

Todo esto en conjunto llevó a concebir la materia como algo ínfimo, como algo degradado. Como el nivel más bajo del ser. Las formas comenzaron a considerarse como eternas y perfectas en sí mismas; y puesto que su encarnación en la realidad es manifiestamente pasajera e imperfecta, se atribuyó este efecto a la influencia de la materia. Era ésta al oponer resistencia a la forma, al no adaptarse fielmente a sus contornos, la causa de todas las imperfecciones que existen en el mundo real.

Así la materia tiende a verse como el origen del mal y de la muerte. Como un sustrato puramente pasivo que es necesario, para que las formas cobren existencia real en este mundo, pero que está atravesado —este sustrato— por una tendencia incontenible a la disolución, a no ser, tendencia que la forma sólo puede vencer temporalmente.

Esta idea de la materia penetra en el pensamiento cristiano a través de Platón<sup>6</sup>, Aristóteles y el neoplatonismo<sup>7</sup>, va a ser característico de la filosofía de la Edad Media y a echar hondas raíces en la cultura occidental.

Pero existe otra línea de desenvolvimiento dentro del pensamiento antiguo. Se trata del atomismo de Leucipo y Demócrito<sup>8</sup>; proseguido luego por los epicúreos<sup>9</sup>. Aquí el papel de la materia es muy distinto. Según esta concepción, lo lleno (la materia), lo vacío (el espacio) y el movimiento, son los componentes básicos de la realidad. Es la caída libre de unas partículas materiales pequeñísimas, indestructibles, absolutamente compactas e indivisibles (los átomos) en el espacio infinito, lo que da origen a todos los seres; incluso, el pensamiento humano se explica por medio del movimiento de los átomos.

Es esta concepción atomista la que recobra vigencia a partir del siglo XVII de nuestra Era, a raíz del surgimiento de la mecánica clásica<sup>10</sup>. Surge así el materialismo mecanicista que, aunque desarrolla y amplía el aporte del atomismo griego, sigue en lo esencial coincidiendo con él.

Se vuelve, en efecto, a la idea de que la realidad está constituida esencialmente por corpúsculos que se mueven localmente (cambian de lugar) y que están sometidos a las leyes mecánicas (tales como el principio de la inercia o de la gravitación universal). Bajo los

diferentes aspectos tan variados que la realidad presenta, no hay sino corpúsculos en movimiento con arreglo a aquellas leyes. Lo cualitativo es entonces pura apariencia; su verdad reside en las diferencias cuantitativas. Así, la realidad descrita por las leyes de la mecánica es vista como *la realidad*; y todo lo demás (la vida, la sociedad, el pensamiento) debe encontrar su verdad en esa realidad única.

El gran mérito de esta concepción mecanicista es que permitía formulaciones capaces de ser llevadas al experimento y a la medición empírica, y esto contribuyó invaluablemente al desarrollo de la ciencia y a la matematización de la misma. Sirvió también como arma desmitificadora para combatir la superstición y los prejuicios sociales, como se puso de manifiesto en los hechos sociales de la época.

El gran defecto de esta concepción, según señala Engels<sup>11</sup>, estriba en su carácter reductivo y en su incapacidad para concebir la realidad como proceso. En efecto, el mecanicismo sólo explica reduciendo, esto es, convirtiendo el fenómeno requerido en explicación, en un fenómeno mecánico. De esta manera disuelve lo superior en lo inferior. Y, por otro lado, el mecanicismo ve la realidad como una situación establecida de una vez y para siempre, en donde lo estable prevalece sobre el cambio, donde el cambio es más aparente que real, pues todo está rígido y minuciosamente determinado desde el principio.

El desarrollo mismo de la ciencia, sobre todo el desarrollo de las ciencias biológicas y sociales, hizo ver que el mecanicismo era insuficiente. Que había una serie de fenómenos que no era posible explicar de acuerdo con los principios mecanicistas.

Esto fue interpretado por algunas corrientes como la bancarrota de la ciencia, y se apresuraron a aprovechar la presunta inexplicabilidad —en términos científicos— de fenómenos como la vida y el pensamiento, para replantear explicaciones teológicas acerca de los mismos.

Sin embargo, al mismo tiempo, a la luz de nuevos descubrimientos, se estaba transformando el concepto de materia. En efecto, fenómenos como el electromagnetismo, la radiación, mostraban la insuficiencia del concepto democritiano del átomo, esto es, aquel concepto que presenta al átomo como una partícula pequeñísima, absolutamente llena, indestructible e indivisible. Se hacía evidente que el átomo tiene una intensa actividad interna que aquel concepto estaba muy lejos de reflejar.

Paralelo a estos importantes cambios tenía lugar el proceso de constitución del materialismo dialéctico. Este, al contrario del materialismo anterior, se desarrolla en el análisis de los fenómenos económico-sociales y no de los fenómenos naturales. Trata de incorporar asimismo, dentro de un planteamiento primordialmente materialista, el elemento histórico y dinámico que había sido abandonado por el mecanismo, pero desarrollado por el idealismo filosófico —básicamente por el idealismo alemán—<sup>12</sup>.

El materialismo dialéctico se puede considerar como la expresión filosófica de la concepción del mundo marxista-leninista. Traduce, en efecto, en conceptos críticamente elaborados, sistemáticamente vinculados y de la máxima generalidad el contenido esencial de dicha concepción.

El materialismo dialéctico se plantea como una síntesis totalizadora de la historia

del conocimiento humano. Es decir, trata de asimilar en sí mismo todos los desarrollos unilaterales que han tenido lugar en esta historia, pero tratando de encontrar el hilo conductor que permite ligar entre sí estos momentos, para verlos como acercamientos complementarios a la verdad objetiva. De esta manera, el materialismo dialéctico intenta portar en sí mismo la trayectoria esencial de la aproximación humana a la verdad.

Los principales resultados alcanzados por el hombre en la milenaria historia de su conocimiento, han de ser entonces los pilares fundamentales que sostengan esta gran síntesis que es el materialismo dialéctico; la cual, además, debe permanecer abierta para renovarse constantemente conforme con los nuevos avances de las ciencias.

Por otro lado, esta doctrina es materialista por cuanto sostiene, por esta vía histórico-crítica que acabamos de reseñar, la tesis de la existencia objetiva, independiente de la conciencia humana y de todo poder espiritual sobrenatural, del mundo que nos rodea y de nuestro propio ser.

Es decir, las cosas existen por sí mismas y el conocimiento humano no hace más que reflejar su existencia objetiva. Nuestros conceptos, percepciones e imágenes son representaciones de lo existente fuera de nosotros: nos informan de la existencia de eso exterior, de sus propiedades, de sus relaciones, etc.; pero las cosas no necesitan que las pensemos para existir, existen pensemos en ellas o no.

Y esta doctrina es también dialéctica, por cuanto concibe a la realidad como un proceso autónomo de desarrollo que se cumple a través de oposiciones. Esto es, la realidad debe ser captada y comprendida sin anular su unidad ni tampoco su diversidad. Una correcta intelección de la realidad requiere que se preserven estos dos caracteres tan importantes de lo real.

Pero la unión de ambos, en tanto son contrarios, sólo puede darse en el devenir y en la interacción de los fenómenos.

Esto nos lleva a la tesis básica del materialismo dialéctico. Esta afirma que las propiedades fundamentales de lo real son el devenir (el cambio, el movimiento o la transformación), y el que realidad es una totalidad efectiva, es decir, sus componentes están integrados por medio de una inmensa red de interconexiones, de relaciones mutuas, de metamorfosis de unas cosas en otras.

La estabilidad y el aislamiento que nosotros observamos en los fenómenos, son puramente relativos. Se trata de cristalizaciones pasajeras que se producen en la superficie de la realidad; a las cuales nosotros damos más valor del debido gracias a que las consideramos de un modo instantaneísta y puntual. Pero si captamos las cosas no aquí y ahora, sino en su contexto propio e históricamente, es decir, en su despliegue temporal, nos daremos cuenta de que el cambio se destaca más que la estabilidad; que la interconexión de los fenómenos importa más que su ser aislado.

Esto es lo que propone el materialismo dialéctico. Una lectura de lo dado, de la realidad pública y visible que enfatice su aspecto dinámico e integrado —por ser objetivamente el primordial—. Pero nunca un ir más allá de lo dado, de las cosas que son accesibles a todos. En este sentido el materialismo dialéctico no es una metafísica, pues no explica los fenómenos recurriendo a entidades distintos de los fenómenos mismos.

El dinamismo de la realidad (es decir, ese incesante moverse, cambiar, transformarse) no es algo sobreagregado a la realidad misma. Es el resultado necesario de las oposiciones que constituyen a los objetos y procesos.

Para el materialismo dialéctico, en efecto, los seres son internamente contradictorios. Están constituidos por tendencias que siguen líneas de desarrollo opuestas. Y lo que una cosa sea, haya sido o será, está determinado por el curso de estas contradicciones internas, condicionado tal curso por las interacciones que esa cosa sostiene con el resto de la realidad.

Mediante un proceso semejante (pero supercomplejo y de dimensión universal), la materia se ha transformado a lo largo de millones de años. A través de este proceso se han establecido varios niveles de existencia muy diversos entre sí e irreductibles unos a otros, pero todos debidos al despliegue dialéctico de la materia.

Cada uno de estos niveles (por ejemplo, la materia inorgánica, la vida, la sociedad, el pensamiento) requiere de los más básicos y precedentes para existir, pero es *algo más* que ellos, no se reduce a ellos, expresa nuevas posibilidades de la materia.

Cada uno de estos niveles cuenta con leyes propias a más de leyes generales y de las pertenecientes a los niveles inferiores, que también son válidas para él. Por eso, en cada nivel son posibles algunos fenómenos que son imposibles en los niveles anteriores. Y por eso, también, la verdad de la materia no reside exclusivamente en ninguno de sus niveles, sino en la totalidad de los mismos y en la integración de todos ellos.

Esto demuestra entonces que el materialismo dialéctico no comparte el carácter reductivo que tenía el materialismo mecanicista. Pues para él las diferencias cualitativas fundamentales no son simples apariencias exteriores de cambios cuantitativos operados sobre la base de la materialidad físico-química (considerada como la única realidad verdadera). Representan, por el contrario, como hemos visto, nuevos niveles de existencia de la materia, regidos por leyes propias y relativamente autónomos con respecto de los niveles anteriores.

A fin de explicar todo este proceso de desarrollo de la materia, el materialismo dialéctico establece tres leyes básicas de aplicación universal.

Estas leyes no tienen, un contenido específico. Se cumplen en cada campo atendiendo a las características peculiares del mismo. Son esquemas que se perciben en las más distintas esferas de la realidad cuando se las visualiza en su despliegue temporal.

La primera de estas leyes plantea *la interpretación, unidad y lucha de los contrarios*. Afirma que la oposición es ya signo de la identidad de los contrarios; pues muestra que ambos, por decirlo así, reclaman derechos sobre el mismo campo. Esta lucha de los contrarios, dada sobre la base de esa identidad profunda entre ellos, conduce finalmente a su unidad efectiva, pero por el camino de la progresiva acentuación de sus respectivas diferencias.

La segunda ley, llamada *ley de la transformación de la cantidad en calidad y viceversa*, sostiene que los cambios cuantitativos producidos sobre la base de una cualidad deter-

minada, originan, al llegar por acumulación a cierto punto crítico, un cambio en la cualidad de partida, que se transforma básicamente en otra. Y este cambio cualitativo, a su vez, revierte sobre las características cuantitativas del objeto modificándolas.

La tercera ley, llamada de la *negación de la negación*, nos dice que toda realidad parcial o limitada tiende a generar, al entrar en contacto con aquellas cosas distintas de ellas pero necesarias a su propia existencia, otra realidad también parcial y limitada que representa su negación concreta. Pero en el proceso también esta segunda realidad es negada, al surgir de la confrontación de ambas una tercera, en la que se encuentran superadas las limitaciones de las dos anteriores y realizados, en un nivel de mayor plenitud, sus contenidos positivos.

Estas leyes retratan nada más los contornos del devenir. Por tanto no pueden ser aplicadas para obtener conocimientos concretos. La dialéctica específica de cada sector o esfera de la realidad, sólo puede ser establecida yendo a las cosas-mismas, siguiendo su desenvolvimiento real. En su formulación general, la función de estas leyes no es la explicación precisa de fenómenos concretos, ni la previsión exacta del porvenir. Su función consiste, a nivel de la ciencia, en dirigir el espíritu humano hacia la búsqueda de explicaciones científicas en todos los planos de lo real, en salvaguardar al científico de fijismos y absolutizaciones, en proveerle de una concepción del mundo realista y a la vez altamente crítica, que sirva de transfondo a sus indagaciones concretas.

A un nivel más general, la función de estas leyes y del materialismo dialéctico como un todo, es la de servir de marco teórico e ideológico a las luchas revolucionarias de la clase obrera.

A fin de completar esta exposición del materialismo dialéctico es preciso hacer, para finalizar, por lo menos una alusión a la problemática del conocimiento.

El materialismo dialéctico no es sólo una doctrina sobre la realidad (ontológica), sino también una doctrina sobre el conocimiento (gnoseológica y lógica). Ambos aspectos están profundamente interconexionados y se condicionan mutuamente, como se habrá podido ver en lo que llevamos dicho.

El materialismo dialéctico concibe el conocimiento humano como una actividad histórica, colectiva y práctica. Es histórica, porque el conocimiento va más allá de cada momento particular. Se inició en las tinieblas de la prehistoria, y ha proseguido, acumulándose y reestructurándose, hasta nuestros días. Cada una de sus etapas supone todas las anteriores. Su presente está determinado en grandísima medida por su pasado; y presente y pasado determinan también en grandísima parte lo que será su futuro.

Por todo esto, el conocimiento es también una actividad colectiva. Los individuos humanos que ayudan a enriquecerlo, lo hacen a partir del caudal de conocimientos disponible en su tiempo; y al dar su aporte predeterminan la tarea cognoscitiva a que se enfrentarán los hombres del mañana. De ahí que el conocimiento deba considerarse como una actividad transindividual, cuyo verdadero sujeto es nuestra especie. Además, el conocimiento específicamente humano está posibilitado por la división social del trabajo y condicionado por los progresos del dominio material del hombre sobre el mundo.

El conocimiento tiene también un carácter práctico. Esto quiere decir que la base fundamental del conocimiento humano es la actividad objetiva del hombre (la práctica).

El hombre es a la vez un ser subjetivo y objetivo. Es decir, por un lado, es un ser que tiene ideas, que reproduce con éstas la realidad de las cosas; y, por otro, el hombre es un ser que interactúa con las cosas, que es una cosa entre las cosas. El tránsito constante de uno a otro nivel, es lo que permite el conocimiento humano. Este se alimenta de los resultados de la penetración práctica (objetiva) del hombre en el mundo; y, a la vez, es esta penetración, confrontación con el mundo, esta intervención transformadora del hombre en los procesos reales lo que confirma la validez de nuestras ideas.

El conocimiento se presenta esencialmente como un reflejo de la realidad en nuestro cerebro. Este reflejo no nos da —de entrada— las cosas tal como son. Es en principio, ciertamente, apertura hacia la realidad. Pero las representaciones que ofrece deberán ser trabajadas, como hemos visto, por la crítica intelectual y la confrontación práctica, para que se ajusten cada vez más certeramente a la realidad objetiva. Este reflejo es, pues, un proceso y no un acto o dato totalmente clausurado o concluido.

Para el materialismo dialéctico el conocimiento es, entonces, una aproximación infinita a una verdad absoluta que su mismo avance posibilita y a la vez aleja.

Este avance se da a través de verdades relativas. Es decir, de desarrollos unilaterales que atienden cada vez a solo un aspecto determinado de las cosas.

Pero estas verdades relativas, cuando se llega a ser consciente de su carácter limitado, cuando se las "cura" de pretensiones exageradas, es decir, cuando se las percibe justamente como relativas, pueden ser integradas en síntesis más globales, más adecuadas cada vez al ser objetivo de las cosas.

Este avance del conocimiento está además condicionado por el nivel material y cultural de cada época, así como por los intereses prevalecientes en ella.

El conocimiento no es, pues, independiente de la historia de la sociedad humana. Y así cada sociedad, cada clase social, abre ciertas posibilidades al conocimiento, al mismo tiempo que le impone ciertas limitaciones y que levanta ante él ciertos obstáculos.

## NOTAS

1. Por ejemplo, el filósofo chino Wang Chiung. (27-100 antes de N.E.). También las escuelas hindués Charvaka y Sankhya.
2. La más antigua escuela filosófica de la Grecia Clásica (siglos VII y VI antes de N.E.), tuvo su sede en Jonia, colonia griega en el Asia Menor. Sus representantes buscaban el "arjé" o principio de todas las cosas. Son los iniciadores de la filosofía y la ciencia en Occidente.
3. 384-322 antes de N.E. Gran filósofo griego, discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno. Fue también un gran naturalista y un gran científico social.
4. Escuela filosófico-moral y política de la antigua Grecia. Su fundación se atribuye a Pitágoras, personaje semilegendario (572-497 antes de N.E.). Los pitagóricos sostienen que el número es la esencia de las cosas.
5. Escuela filosófica de la Grecia Clásica. Su sede fue la ciudad de Elea, y sus principales representantes, Jenófanes, Parménides y Zenón, sostienen que el ser es uno o inmóvil, y que el mundo sensible es pura apariencia desprovista de realidad.
6. 427-347 antes de N.E. Gran filósofo idealista griego, ideólogo de la clase esclavista, adversario de la democracia. Su doctrina fundamental es la de que las ideas existen fuera del espacio y el tiempo, y sirven de prototipos de las cosas reales.
7. Escuela filosófica de los siglos II-V de N.E. Desarrolló la filosofía platónica en un franco sentido místico.
8. Filósofos materialistas griegos, creadores del atomismo antiguo. Vivieron alrededor del 450 antes de N.E.
9. Escuela filosófica fundada por Epicuro en Atenas hacia el año 306 antes de N.E. Sostiene que el objetivo de la vida humana es la felicidad, la cual se alcanza por medio del autocontrol y la supresión de las pasiones.
10. Ciencia del movimiento local de los cuerpos, fundada por Galileo y Newton en el siglo XVII de N.E.
11. 1820-1895. Fundador junto con Marx del materialismo dialéctico e histórico.
12. Gran corriente filosófica de la primera mitad del siglo XIX. Sus principales representantes son Fichte, Schelling y Hegel. Está a la base de toda la filosofía posterior. Desarrolló la dialéctica en gran forma.

